

Apocalipsis 7:9-17

Apocalipsis 7:9-17 Pascua 4 1998

⁹Después de esto miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, y nadie podía contar su número. Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando palmas en sus manos. ¹⁰Aclaman a gran voz diciendo:

"¡La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero!"

¹¹Todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios diciendo: ¹²"¡Amén! La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!"

¹³Uno de los ancianos me preguntó diciendo:

-Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?

¹⁴Y yo le dije:

-Señor mío, tú lo sabes.

Y él me dijo:

-Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestidos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. ¹⁵Por esto están delante del trono de Dios y le rinden culto de día y de noche en su templo. El que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. ¹⁶No tendrán más hambre, ni tendrán más sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ningún otro calor; ¹⁷porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Esta visión de Apocalipsis ha captado la atención de la iglesia a través de los siglos. Se han escrito hermosos himnos basándose en este texto. Ha alentado a muchos en la hora de la prueba y la tribulación, en tiempos de persecución y sufrimiento. Y sin duda ésta ha sido la intención de Dios al mostrar esta visión a Juan; por esto el Espíritu Santo ha inspirado a Juan también a escribir esta visión para nuestro estudio y meditación.

La visión presenta a la iglesia glorificada en el cielo. Después de pasar por mucha tribulación en esta tierra, esto que Dios nos muestra en Apocalipsis nos muestra que todo vale la pena, para que nunca nos demos por vencidos, para que nunca nos cedamos al enemigo.

En esta visión, Juan ve a una gran multitud. "Después de esto miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, y nadie podía contar su número". Aunque hablamos con frecuencia del

remanente, del rebaño pequeño, porque en el mundo el número de verdaderos cristianos parece ser un porcentaje muy pequeño de la población, sin embargo, cuando se nos permite ver el número verdadero de la iglesia que Dios va formando a través de los siglos y uno por uno lleva a su presencia, vemos que es una multitud innumerable. Dios ha sido fiel cuando mostró a Abraham las estrellas del cielo y le prometió que “Así será tu descendencia”. A Abraham también se le dijo que sería el padre de muchas naciones, y vemos que esto también se ha cumplido. La multitud que Juan ve se compone de “todas las naciones y razas y pueblos y lenguas”, cuatro términos que se repiten en otras visiones en Apocalipsis, y que indican que proceden del mundo entero.

Esta multitud vive en pureza y victoria. “Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando palmas en sus manos”. Estar de pie en la presencia de Dios mismo, y no caer muerto en el instante. Esto es asombroso. Aun a Moisés mientras estaba en este mundo se le dijo que “No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre me verá y quedará vivo”. Pero aquí está una multitud de seres humanos, de pie delante del trono de Dios y delante del Cordero. ¿Cómo es posible esto?

Se nos dice que están vestidos con vestiduras blancas. Blanco es el color de la pureza y la santidad en la Escritura. Pero ¿cómo es que tienen esta santidad y pureza? ¿Se basa en algo en ellos mismos, en sus esfuerzos y obras? Oigamos el testimonio de ellos mismos. “¡La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero!”

Este es el testimonio de todos en esta gran multitud. No son ellos los que han hecho algo para su salvación. La salvación pertenece exclusivamente a Dios y al Mesías que él envió, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Más tarde en la visión obtenemos más información de cómo llegaron a tener estas vestiduras blancas. “Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestidos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero”.

Así vemos que no es por naturaleza que tienen esta santidad y pureza. Por naturaleza todos ellos también estaban vestidos en trapos de inmundicia, y por tanto indignos de estar en la presencia de Dios. Pero el que es el Cordero de Dios, Jesucristo, ha tomado todas esas inmundicias sobre sí mismo, de modo que toda la ira y la misma muerte que provocaron nuestros pecados en la presencia de un Dios santo fue derramada sobre él, y este Cordero, sacrificando su vida, derramando su sangre, expió todos nuestros pecados y obtuvo perdón por ellos. Y ahora, el que cree en el Cristo que fue crucificado por él, tiene sus pecados perdonados. La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado. Sin esto, ninguno de nosotros podríamos estar en pie en la presencia del Dios santo

y su Cordero. Sin esto la ira y la muerte eterna habría caído sobre nosotros. Pero porque “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”, nosotros ahora somos librados de nuestros pecados y vestidos en la ropa blanca y pura de la justicia de Cristo mismo. “Todos los que sois bautizados en Cristo Jesús se han revestido de Cristo”. Aunque aquí en nosotros mismos todavía estamos manchados con muchos pecados, Dios cubre todos ellos, y cuando nos lleve a la gloria, seremos también perfectamente santificados; no quedará ni la menor mancha para ensuciar ese ropaje resplandeciente y glorioso.

Pero también oímos en esta visión que están “llevando palmas en sus manos”. Desde la antigüedad, las palmas han sido símbolo de la victoria. No sólo han llegado a la fe en Cristo, así lavando su ropa en la sangre del Cordero, han perseverado en la fe hasta el fin. Así es que han obtenido la corona de la vida. ¿De qué victoria se habla? Otra vez, más tarde en la visión oímos que “Estos son los que vienen de la gran tribulación”. Dice la Escritura que es necesario que a través de mucha tribulación entremos en el reino de Dios. Algunas de las visiones de Apocalipsis ya han presentado algunas de las tribulaciones que soportan los miembros de la iglesia en este mundo. Se habla de guerras, hambre y escasez, de persecución y martirio. Cada uno recibe su porción de tribulación en este mundo, y cada una es una tentación también a la desesperación, a abandonar la fe en Cristo y darse por vencido. El mensaje aquí es, No lo hagas. Vale la pena. Todo lo que sufrimos en este mundo solamente nos prepara un peso mucho mayor de gloria, porque el que perdura hasta el fin será salvo. La carrera puede ser dura, pero al final se nos dará la palma de la victoria. Así, mantengan el camino sin cansarse ni desmayarse. El final será glorioso.

Oímos de esta multitud que ha lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero que “Por esto están delante del trono de Dios y le rinden culto de día y de noche en su templo”. La palabra por rendir culto significa eso, pero significa más. Es la misma palabra que usa Pablo en Romanos 12 cuando nos exhorta a presentar nuestros cuerpos como un sacrificio vivo, agradeciendo a Dios su salvación haciendo su voluntad en todo aspecto de nuestras vidas. **Todo esto es nuestro “culto espiritual”.**

Durante los últimos meses de la vida de Roberto Moldstad, uno que había sido misionero aquí en el Perú, este versículo le fue de mucho consuelo, especialmente cuando se hizo evidente que su cáncer no iba a tener curación. Durante años, su oración todos los días había sido, “Señor, permite que te sirva mejor hoy que ayer”. **Todo lo que deseaba era servir al Señor, y siempre hacerlo mejor.** Luego parecía que su tiempo de servicio terminaba. Estaba ya muy enfermo, había tenido que renunciar su pastorado. Se acercaba la muerte. ¿Por qué le fue especialmente consolador este versículo cuando se lo leí una vez en una devoción en su

casa? Porque oyó que también los creyentes que ya están en la gloria en los cielos “le sirven de día y de noche”. Así es que no terminaba su servicio, más bien se transformaba en un servicio aún más completo y perfecto, y duraría esa actividad por toda la eternidad. Dios estaba contestando esa oración que había hecho por tantos años, y la respuesta sería eterna.

El texto cierra con una visión hermosa y consoladora de la absoluta seguridad y protección de los santos que ya están en la gloria después de la tribulación de esta vida. “El que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. No tendrán más hambre, ni tendrán más sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ningún otro calor; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”. Cuando dice que Dios extenderá su tienda sobre ellos, está indicando que por toda la eternidad gozarán de la presencia de Dios entre ellos, junto con su protección y bendición. Cuando dice que no habrá más hambre ni sed, que el sol y el calor no les herirá, está presentando una situación en que ya no habrá ningún daño, no faltará ninguna bendición. La razón será porque el mismo que es el Cordero de Dios, su Redentor, también será su fiel y buen Pastor, que les pastoreará y les guiará a las fuentes de agua viva. “Jehová es mi Pastor, nada me faltará”. Y finalmente nos dice que Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Aquí en la tierra sufrimos, aquí lloramos, adentro si no externamente, con tristeza por las condiciones alrededor, o porque alguien nos ha herido, o porque vemos condiciones tristes y quisiéramos ayudar y no encontramos la forma. Con razón la Escritura describe esta vida como un valle de lágrimas. Pero saliendo de esta vida, triunfantes con nuestra fe, encontraremos un cambio tan radical en las condiciones que no podemos siquiera imaginar su grandeza. Ni una lágrima quedará, porque Dios mismo, para decirlo así, tomará su toalla para extender su mano de consolación y las quitará todas.

Cuando contemplamos tan gran salvación, con cuánta alegría nos uniremos con los ancianos, con los seres vivientes alrededor del trono, con esta gran multitud, que canta: “¡Amén! La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!” Amén, así sea. ¿Quién no confirmará estas afirmaciones, que atribuyen toda la gloria y todo el honor por nuestra salvación a nuestro Dios? ¡Qué privilegio, que nosotros, que hemos sido pecadores indignos, condenados, recibimos el derecho de estar en pie delante de Dios y el Cordero, para cantarles este glorioso cántico! ¡Qué anticipación debemos sentir, ahora que todavía estamos en medio de la gran tribulación, de ese día glorioso y sin fin en que formaremos parte de ese hermoso coro! ¡Cuánto ánimo debe darnos de perseverar en nuestra fe y en hacer el bien en este mundo malo, a pesar de todas las presiones y tentaciones, cuando éste es el desenlace final!

Dios conceda que ninguno de nosotros falte cuando ya se complete esta multitud que nadie puede contar para que la comunión con Dios y unos con otros que tenemos aquí se perfeccione y se preserve por toda la eternidad. Amén.